

es? Una criatura recogida por compasión que limpia las botas de Gloria... ¿Cómo es posible vacilar entre las dos? Si el corazón de Pedro habla, lograrán que diga otra cosa... En fin, hija mía, vigila, te lo repito; vigila, y cuida de la tía Balora que únicamente puede contar contigo para comer durante la semana con lo que de limosna le das los domingos.

Inmóvil y como petrificada, Ceferina parecía escuchar sin oír las palabras de la vieja. Sacudió la cabeza para auyentar ideas importunas, y luego, fijando en la Balora sus amenazadores ojos, replicó:

— Que no se le ocurra repetir á nadie, sea quien sea, ni una palabra de cuanto me acaba de decir... No la creo... ¡Sería tan indigno, tan infame!...

Y como si se ahogase respiró con violencia. Luego agregó:

— Vamos, tía Balora, venga. Sus provisiones están dispuestas. Pero, ni siquiera piense lo que acaba de decirme... Su cabeza está débil... Sí, decididamente creo que tiene noventa años...

La mendiga no replicó, y siguiendo á Ceferina entró en el parador.

II

Bajo el toldo de rayado dril, á la luz de las arañas y en la pesada atmósfera cargada con el polvo que los pies de las parejas levantaban, la juventud de Aygueville bailaba. El pavimento de pino vibraba á las vueltas de vals, y la orquesta, compuesta por seis músicos encaramados en un estrado, lanzaba al aire con abundancia las chillonas sonoridades de sus instrumentos de cobre. Las cortinas de la sala, levantadas por uno de los lados, dejaban libre el paso al ambigú instalado en el césped y al abrigo de los viejos tilos cuyas hojas florecían nuevamente. Las mesitas parecían llamar á los consumidores, y, ya cansadas por el violento ejercicio á que se entregaban las parejas, acudían á aquel lugar sombrío, fresco y tranquilo. Las nueve daban y Thiriot acababa de hacer su aparición con las muchachas en el preciso momento en que el brillante empleado del notario Amurat, que ya había paseado sus

desdeñosas gracias por la sala, asomaba por otra puerta y se dirigía á saludar á Gloria. El señor Legrand vestía de frac y al cuello llevaba una corbata blanca anudada irreprochablemente. Llevaba en la mano el clac, el único



que en Aygueville existía, y lo manejaba con mal disimulada ostentación. Blandureau, el corredor matrimonial, le acompañaba.

— Y bien, Thiriot, — dijo el escribano, haciendo una mueca que tal vez quería ser una sonrisa; — por fin se ha decidido á traernos las dos muchachas más lindas de la ciudad... Sin ellas el baile parecía vacío... y ya nuestro futuro notario empezaba á impacientarse.

— Bien, bien, — murmuró Thiriot con su voz cascada, — es preciso saber esperar. En la vida no se logra en seguida cuanto se desea.

— Eso es cuestión de suerte — replicó Blandureau. — Hay gentes á quienes la fortuna les sorprende durmiendo.

— ¿La señorita me hará el honor de aceptar mi brazo? — preguntó Legrand fijando en Gloria una mirada fulminante...

— No tengo ningún inconveniente, pero quiero bailar — contestó la joven con decisión. — Yo no he venido para pasear...

— Y según parece — añadió Thiriot riendo, — usted tiene más lengua que piernas.

— Tendré mucho gusto en demostrarles lo contrario — replicó el pasante algo picado. — ¿Quiere concederme el primer vals?

— Lo tengo comprometido.

— En ese caso, la próxima polca.

— Si se empeña...

El pasante saludó con altivez y se alejó con su confidente. Blandureau, sorprendido por la acogida después de las esperanzas que Thiriot le había hecho concebir, se apoyó en el brazo de su amigo, y para no contradecirse á sí mismo dijo:

— ¿Qué significa todo esto? ¿Qué habrá sucedido? Parece que la hermosa Gloria nos bate y se retira fríamente...

Y dijo *nos* para no lastimar con exceso el amor pro-

pio del gallo de la ciudad. Y, en el fondo, temía sus reproches pues sin consultarle había empezado sus negociaciones con Thiriot.

— Esto me enseñará, y á usted también, que no se debe tratar como iguales á gentes que no son nada. Usted se ha metido demasiado por los ojos de Thiriot, y ahora se da importancia con *usted*... Pero yo le haré cambiar.

Conduciéndose con táctica inversa á la de Blandureau, el pasante se echaba fuera y dejaba á su amigo solo en la lucha.

Entre tanto Pedro Doublet había avanzado, y espléndido con su levita de los grandes días, un chaleco blanco que moldeaba perfectamente su hérculeo torso, y una corbata de inmaculada blancura, sonreía como un bendito. Ceferina le vió acercarse, y, con el corazón oprimido aún por las revelaciones de la mendiga, esperaba con impaciencia que el herrero la sacase á bailar. Pero el joven, después de haber saludado á toda la familia, se dirigió á Gloria.

— Supongo — le dijo — que no ha olvidado el primer vals. Yo, por mi parte, he esperado con impaciencia...

Ya Gloria se había apoyado en su brazo y juntos cruzaban la sala de baile. Ceferina, petrificada, ni siquiera había podido pronunciar una palabra. Como en un sueño asistía á la repentina y estupenda modificación de los sentimientos de aquel con quien, aun el día anterior, se creía ligada por tiernas promesas. Se dijo : ¿ Pero es

posible? Pedro se va con Gloria y yo soy quien se queda con Thiriot. Sin dirigirme la palabra, sin mirarme casi, y después de un ligero saludo, se ha alejado. ¡ Y hace dos noches me juraba quererme siempre !

Thiriot la sacó de su ensueño diciéndole :

— Gloria baila y tú no me necesitas, Ceferina, pues aquí conoces á todo el mundo. Como todos los vecinos están aquí, fácilmente encontrarás compañía. Yo me voy con mis amigos.

La joven no contestó, pero al separarse del padre de Gloria se sintió más tranquila, y no temiendo que advirtiese su turbación, se encontró además libre de sus movimientos. Hizo esfuerzos para razonar. Después de todo, que Pedro hubiese sacado á bailar á su hermana de leche antes que á ella, no suponía nada en definitiva. Tal vez había querido, empleando esa cortesía preliminar, desprenderse de ella para consagrarse por completo á Ceferina. Pero, ¿ cómo explicar el acuerdo que al parecer existía entre ellos y que Doublet hubiese reclamado el primer vals como el cumplimiento de una promesa? ¿ Y su actitud fría y reservada? No, indudablemente no era lo que podía y debía esperar de él. Un acontecimiento que ignoraba y que no podía comprender había cambiado de pronto las disposiciones de Pedro. La mendiga había dicho la verdad, y de quien Pedro se ocupaba y en quien pensaba era en Gloria. Ceferina era víctima de un engaño, pero ¿ cuánto tiempo hacía?

La cólera hizo enrojecer el rostro de la joven al con-

vencerse de que su novio y su compañera se burlaban de ella. El resultado era evidente; mientras ella se mataba trabajando en la casa, Gloria lucía su hermosura, y no contenta con llevar de cabeza al brillante Legrand, le robaba el hombre que por primera vez había hecho palpar con fuerza su corazón. ¡Y por la ciudad se aseguraba que iba á casarse con el pasante de notario! ¿Y qué haría Gloria de Pedro? ¿Era un triunfo de coquetería, una vanidad tan sólo que se reduciría á pasear por la fiesta á Pedro rendido y sumiso? ¿Se lo devolvería á Ceferina y hasta sentiría pesar por haber intentado hacerle traición? La pobre joven no era orgullosa, y allá para sus adentros se decía que tendría que perdonar. Pero, ¿sería momentáneo y pasajero el dolor que la embargaba? ¿No tendría que lamentar otras cosas?

Pedro Doublet no era tan sólo uno de los mozos más apuestos de la ciudad sino que era también hombre metódico, trabajador y rico. Mejor marido y más ventajoso que el ridículo pasante de notario que á pesar de no tener más fortuna que sus trajes y algunos muebles revenataba de puro presuntuoso. Y Thiriot, más esclarecido con respecto al valor del pretendiente de su hija, ¿no habría trabajado á la chita callando para conseguir el fin que á un tiempo destruiría las ilusiones del fátuo Legrand y la felicidad de Ceferina?

Terminado el vals, las fatigadas parejas salieron al aire libre para tomar aliento y respirar. Ceferina se deslizó por una abertura, y, pasando á lo largo de la fila de mesas,

siguió su camino sin contestar á los familiares piropos de los parroquianos del parador. A pesar de la obscuridad, seguía con los ojos el blanco traje de Gloria y la elevada estatura de Doublet. Habían llegado á un cenador iluminado por farolillos de colores, y sentados á una pequeña mesita, ante un vaso de cerveza y otro de jarabe, charlaban alegremente. Ceferina abrió una puertecita practicada en la valla y salió el campo. En él reinaban las sombras y el silencio. Andando bajo el toldo de árboles se dirigió al cenador, y apoyándose contra la enredadera que lo tapizaba, sin que su presencia pudiese ser sospechada, y temblando de ansiedad, escuchó atentamente. Gloria hablaba:

— Señor Doublet — decía — noto en usted un cambio que me sorprende muchísimo y quisiera saber la causa que ayer le llevó á decirme cuanto me dijo y que yo estaba muy lejos de presumir...

— Su padre fué quien me lo aconsejó... Claro está que no fué él quien habló primero, pero como había notado que yo rabiaba al ver que siempre hablaba con ese imbécil de aprendiz de notario, me dió un puñetazo en el vacío y me dijo: Pedazo de animal, quítasela. ¿Crees que ese Nicodemo me interesa? Él sabía que yo me derretía por usted, Gloria, sin que me atreviese á decirselo, pues había oído asegurar en todos los tonos que nunca se casaría con un artesano... Pero, al convenirme, de que por parte de su padre no encontraría oposición, mis vacilaciones y dudas acabaron. Así se explica

que ayer noche, al volver de la ciudad, aproveché la ocasión y le dije que la quería...

— ¿Y eso es cierto? — preguntó Gloria mirando fijamente al herrero, — ¿No ha dicho lo mismo á otra? Desde hace tiempo viene con frecuencia á casa... y todo el mundo asegura que corteja á Ceferina.

Pedro palideció, atusóse la dorada barba, y con forzada sonrisa replicó.

— ¡ Ah! ¿ Esa muchacha? Es indudable que la he tratado con amabilidad, como los demás que van á casa de su padre... Ella servía, y claro está, bromeábamos, pero sin consecuencias... Nos parece una chiquilla, y como estamos acostumbrados á verla, todos la tuteamos... Ceferina por aquí, Ceferina por allá... Pero cortejarla no. Nunca me hubiera atrevido aunque sólo hubiese sido por respeto á su padre de usted que es mi amigo y que sin duda lo hubiera tomado á mal... Por lo demás, fácilmente comprenderá que esa muchacha no era un partido para mí, y que si me hubiese ocupado de ella habría tenido que ser para hacerle perder tiempo, cosa que no se debe hacer...

— El caso es que yo no quisiera afligirla. Es mi hermana ó poco menos, no hay hombre en el mundo lo bastante rico para conseguir que cometa una mala acción, y mala acción sería aceptarle como prometido si hubiese ofrecido á Ceferina...

— Yo creo, Gloria, que desde el momento que afirmo, no puede dudar.

— Hablaré con ella, pues no quiero tener el más

ligero resquemor con respecto á esto... Mi padre, que siempre ha detestado al pasante de notario, no es de fiar y sería capaz de contarme lo que á sus propósitos conviniese. Yo no he de darme por satisfecha con tan poco, y si alguien pretende engañarme, tanto peor para él.

Se oyó ligero ruido detrás de los dos interlocutores, y la enredadera del cenador se abrió como si una mano la oprimiese bruscamente.

— ¿Alguien nos escucha? — preguntó Gloria con inquietud.

Pedro se había puesto en pie y miraba á través de las ramas, pero aunque le pareció ver una forma que se alejaba, no pudo reconocer á la persona que huía. Repentina angustia crispó su rostro y por su imaginación cruzó la idea de que Ceferina les hubiese seguido y sorprendido su secreto, pero como por propio interés tenía que tranquilizar á Gloria, se volvió y dijo :

— No se ve á nadie. Habrá sido algun perro que anda buscando á su amo... Además, no tenemos por qué ocultarnos, y mañana, ó por mejor decir, esta misma noche, todo el mundo sabrá á qué atenerse con respecto á nuestras relaciones.

Y, saliendo del cenador, se dirigieron de nuevo al baile. El cornetín hacía oír el solo de una polca, y los bailarines saltaban y brincaban muy preocupados por no perder el compás. Thiriot, que estaba con Blandureau y el hermoso Legrand, dió un grito de satisfacción al ver aparecer á su hija.

— Diríjase usted á ella — dijo encarándose con el pasante de notario — no soy yo quien tiene que bailar. Pero, veamos, ¿de dónde venís? — añadió dirigiéndose á Gloria y á Doublet; — Ceferina os buscaba hace un momento... Quería deciros que se iba á casa, pues su dolor de cabeza no cedía y prefiere acostarse...

Gloria, con algo de desconfianza, miró á Doublet, pero el herrero sonreía, luego se volvió hacia su padre y le dijo :

— Tomábamos el fresco ahí fuera.

— Yo me figuraba que había venido para bailar; por lo menos eso es lo que me ha dicho hace un momento. En fin, las mujeres bonitas tienen derecho á cambiar de ideas...

— Pues bien, — replicó Gloria, — usaré de ese derecho. No bailaré más esta noche. Continuemos nuestro paseo, señor Doublet.

Y volviendo la espalda al gallo de Aygueville, se colgó del brazo del herrero, y se alejaron abriéndose paso entre los grupos. Pero la brusca desaparición de Ceferina debía preocuparla, pues cuando hubieron dado algunos pasos se detuvo y dijo :

— ¿No le parece extraño que Ceferina se haya marchado?... Aquí hay gato encerrado, señor Doublet.

— Pero ¿qué quiere usted que ocurra? ¿Cree usted que esa joven esté enamorada de mí? Y si así fuese ¿qué culpa tendría yo?

— Pedro, — contestó la hija de Thiriote, amenazando

al herrero con un dedo que llegó á tocar su dorada barba, — usted es demasiado buen mozo para que una mujer pueda vivir tranquila á su lado.

— Yo podría decirle lo mismo : con usted, un marido puede estar seguro de tener que defenderse de los galanes. Pero si me quiere eso importa poco. Las mujeres bonitas no son las menos fieles.

— Pero... ¿y Ceferina? ¿Cómo explicar su actitud? Si supiese que sufre por mi causa, me desesperaría.

— ¿La preferiría á mí? — pregunto Doublet con desolación. — ¿Acaso soy responsable de lo que haya podido imaginar? Pongámonos en lo peor, y pensemos que está enamorada de mí. Yo creo que usted no me aborrece, y ¿qué debo hacer? ¿No puedo elegir libremente á la compañera de mi vida? Si Ceferina sufre — no hago más que una sencilla suposición — la idea de lo mucho que debe á usted y á su padre será suficiente para consolarla.

Mientras el herrero, con mayor habilidad de la que se hubiera podido suponer en él, tranquilizaba las sospechas de su prometida y la preparaba para que le sacrificase Ceferina, Thiriote, sentado á una mesa con varios amigos suyos, aguantaba los ecos del mal humor del pasante de notario calabaceado.

— Vamos, vamos, — decía burlonamente Blandureau, viendo que su candidato estaba perdido sin remisión; — es usted famoso. Deja que la gente avance, y al llegar el momento decisivo se contenta saludando con mucha

cortesía. Legrand no está muy contento que digamos, y ¿qué dirá el notario Amurat?

— Por mí, que diga misa — exclamó Thiriot con su voz cascada. — ¿Qué puede importarme lo que diga ó piense? ¿Me rebajaría un céntimo de una escritura? No sé por qué tengo que hacer esfuerzos para tenerle contento. Mi hija elige al que quiere. Es dueña de sí misma, ya se sabe, y si prefiere á Pedro Doublet, pues sólo á ella interesa.

— Por fin confiesa que prefiere á Pedro Doublet.

— ¡ Como que es difícil adivinarlo! Se pasean del brazo ante todo el mundo, y por si fuese poco, se niega á bailar para no separarse de él en toda la noche.

— Hacen buena pareja, eso no se puede negar.

— Y Doublet, tiene el riñón bien cubierto. Es un muchacho muy ordenado que nunca ha gastado un céntimo para sí...

— Ni para los otros tampoco.

— Pues no es avaro.

— Pero un poquito agarrado. Cuando estamos en casa de usted, se deja invitar por sus amigos y pocas veces vemos el forro de su bolsillo.

— Así es como se llega á ser algo.

— ¡ Endiablado Thiriot! Todo le sale á pedir de boca. Quiere tener á su hija cerca, y lo consigue.

— Faltaría más. Vivirán en mi casa, y Doublet, con solo cruzar la calle, estará en su fragua. Alquilará sus habitaciones y en paz. Ese era mi sueño. Sólo al pensar

que Gloria se iría de casa me ponía malo, y al imaginarla casada con ese imbécil de Legrand creía que acabaría por aborrecerme. Doublet es todo un hombre, un hombre de mi clase y de mi modo de pensar, y nunca se avergonzará de su suegro. Podéis contar con una boda espléndida. Ese día no ce cerrará la cueva y todo el mundo beberá á su gusto sin que se marque nade en la pizarra.

— A tu salud, tío Alegría, ¡ Felicidad para los jóvenes esposos!

Y los vasos chocaron. La juventud seguía bailando en el entoldado, y la orquesta continuaba lanzando al aire el sonido de sus violines y de sus instrumentos de metal.